

Revoloteos en el Coliseo: crónica de una mariposa javeriana

En las alturas del techo del Coliseo, observo con curiosidad el inusual movimiento matutino. Los humanos han dispuesto círculos de sillas donde habitualmente rueda una pelota, y el aroma a arepa con queso flota en el aire mezclándose con el aroma del café con leche. Una campanita descansa sobre una mesa, ¿será para darle inicio al partido?, ¿por qué hay sillas en la cancha entonces? Yo, pequeña mariposa que frecuento estos jardines universitarios, me acomodo para presenciar lo que parece ser un ritual humano diferente al habitual.

La música suave acompaña el nerviosismo palpable de quienes van llegando. Tres humanos en la cancha dan la bienvenida y parecen indicar que los de la tribuna (más de 50) no serán simplemente espectadores, sino que deberán entrar a la cancha “para conversar”. ¿Conversar qué?, ¿qué deben decir?, ¿qué les van a decir? Incluso yo, que desde la distancia observo, me lleno de nervios... nervios y curiosidad... escucho además que se trata de “conversar para escribir una página nueva en la historia de la Universidad”... ¿conversar para escribir?

Los nervios a tope, pero se distensionan un poco al reír por una singular indicación: “se desinvita al celular” y deben guardarse en una urna de cristal. Se dejan de lado estos aparatos que parecen esenciales en la vida de los humanos. Risas nerviosas, respiración profunda, miradas que se encuentran. Hablan de crear un "espacio sagrado" con respeto, amor, empatía. Desde mi perspectiva aérea, todo espacio es sagrado cuando se habita con conciencia, y todo apunta a que esta conversación lo será.

Postura inicial

Decido entonces acercarme más para comprender esta singular conversación. Cuando se invita a que las personas ocupen las sillas de la cancha, me apresuro a ubicarme en la parte lateral de la tabla de una silla, sin que alguno se percate. Los humanos entregan sus celulares, y escucho una voz llena de nervios decir que tenía sus apuntes registrados en el aparato. No puedo evitar que mis alas tiemblen por el sutil y silencioso nerviosismo de los humanos del círculo en el que me encuentro, y como si esto no fuera suficiente, ponen una música de la película “Misión Imposible” para dar inicio a la conversación.

Los humanos comienzan presentándose. Cada voz revela un territorio diferente del campus que conozco muy bien. Un estudiante evidentemente apasionado por su trabajo en el estudio de reptiles y anfibios, menciona la zona de los arrayanes donde yo también busco néctar, y se emociona hablando de las serpientes que encuentra allí. ¡Si supiera que más temprano compartí una rama con una pequeña culebra, durante la tranquila ausencia de los humanos!

Una persona, que cuenta haber ingresado a la Universidad hace un par de semanas, confiesa que era su sueño entrar a esa biblioteca y todos celebran este sueño cumplido. Otra cuenta que lleva treinta y dos años aquí, y se considera un "activo fijo" de la Universidad. Me identifico con esa permanencia: ¡yo también soy parte del inventario vivo de este lugar, aunque no sé si se lleve registro de las mariposas residentes!

La lectura los aquieta. Los veo concentrados, reflexionando sobre sus “experiencias significativas del Medio Universitario”. Desde mi delicada quietud, pienso en las flores que han sido tan significativas para mí, en los árboles que me han dado refugio, incluso en los estudiantes y trabajadores que a veces se detienen a observar mi vuelo con sonrisas muy tiernas. Supongo que mi meditación es muy diferente a los humanos, pues escucho que el texto habla solo de personas, y no de animales ni plantas.

Primeros aleteos

Las historias comienzan a fluir como polen en el viento. Una voz comparte la crisis vivida hace diecisiete años por el fallecimiento de su padre, y cómo la Vicerrectora del Medio fue un apoyo fundamental durante ese momento. Otra habla del Curso Taller de Travesía Javier donde forjó amistades que le permitieron superar dificultades. Escucho también sobre experiencias de acompañamiento del Centro Pastoral, y sobre capillas que han sido refugio espiritual.

Un testimonio me conmueve especialmente: una persona cuenta cómo la Universidad le ayudó a terminar el bachillerato y el pregrado, después del duro momento de separación con su pareja y haberse quedado sola en el cuidado de sus hijos. "La Universidad es un excelente comedero", dice dirigiendo su mirada a quien recién ingresó a trabajar, "aquí tendrás un trabajo fijo y no te van a desamparar". Pienso en cómo este campus también ha sido mi comedero confiable, con sus jardines siempre florecidos.

Pero es cuando habla el estudiante de anfibios y reptiles que mis antenas se alertan. Menciona los grupos estudiantiles y su trabajo con la biodiversidad del campus. Habla de aves, de serpientes, de la necesidad de conectar más con toda la biodiversidad. "¡Incluso ahora que les hablé de serpientes, ustedes no lo sabían!", exclama, y siento un aleteo de esperanza en mi pequeño corazón.

Despegue del suelo

Llega un silencio contemplativo acompañado de música suave. Los veo escribir, reflexionar. En la primera ronda de reacciones, las palabras fluyen cargadas de gratitud. Hablan del campus como segundo hogar, incluso como primer hogar pues se puede pasar más tiempo aquí que en casa. Una voz, conmovida por lo que escucha, expresa sobre la responsabilidad que siente de cuidar lo que ha recibido, otra reflexiona sobre cómo la Universidad cuida y debe ser cuidada a su vez. Es hermoso escuchar a alguien decir: "A mí me queda como reflexión: el cuidado. La Universidad nos cuida, y nosotros tenemos que cuidarla a ella, sus espacios, sus personas, su imagen". Si yo pudiera aplaudir con mis alas, lo haría.

Inicia la segunda ronda de conversación, y cuando hablan de la Comunidad Educativa Javeriana, algo mágico sucede. Las voces se entrelazan proponiendo más integración entre Unidades: más espacios de encuentro, más oportunidades de conocerse más allá de los roles. "Yo propondría una motivación constante hacia el cuidado de nuestra biodiversidad", dice con pasión el joven estudiante de anfibios y reptiles que tanto me conmueve. "Sueño con que el

Medio en la Universidad reivindique el papel de la biodiversidad en la CEJ". ¡Sus palabras son además semillas que germinan en las mentes de los otros participantes!

Otra voz se suma: "Si fomentamos que entre personas nos conozcamos, y conozcamos la biodiversidad de nuestro campus, nos comprometeremos a cuidarlo y a cuidarnos". La diversidad de opiniones se va integrando, la comprensión de lo que está sucediendo se expande.

Un maravilloso vuelo

En la ronda de cierre, cada palabra o metáfora resuena con nuevos significados. Familia, casa común, campo fértil, transversalidades. La última metáfora muy bien recoge el sentir común: "Transversalidades: una red de cosas transcurriendo en un mismo campus. Un estudiante corriendo a clases, un equipo trabajando en servicios de alimentación, una serpiente escondiéndose entre piedras".

¡No lo puedo creer! Estos humanos son conscientes de la hermosa complejidad de este espacio compartido, donde mis vuelos matutinos son tan parte del medio como las reuniones de trabajo, donde el canto de las aves acompaña las conversaciones estudiantiles, donde las serpientes del arroyo son tan bienvenidas como los profesores y administrativos. Pensar que al inicio estábamos llenos de nervios, y ahora mismo tan cómodos y tranquilos en fraternidad.

La conversación parece ir llegando a su final. Mientras intercambian manillas en agradecimiento mutuo, yo emprendo vuelo hacia mi jardín favorito, llevando conmigo la certeza de que algo importante ha ocurrido en este Coliseo. Los humanos han descubierto que el Medio Universitario es más vasto de lo que imaginaban, que incluye no solo a las personas sino a toda la red de vida que palpita en este campus.

Al final del encuentro, cuando alguien aprovecha para hablar sobre el "Enriquecimiento ambiental para lagartos y serpientes en el Campus", y menciona que la gente por desconocimiento se sienta en los troncos aplastando a estos pequeños seres, comprendo que la conversación ha plantado semillas de conciencia que germinarán en acciones de cuidado.

Desde mi perspectiva de pequeña habitante alada, he sido testigo de un momento histórico: el día en que los humanos de la Universidad Javeriana reconocieron que el Medio Querido nos incluye a todos, que somos parte de la misma comunidad educativa, que compartimos esta casa común donde cada ser tiene su lugar y su importancia.

El sol del mediodía ilumina mis alas mientras me poso en una flor del sendero, satisfecha de haber presenciado el brote de una conciencia más amplia sobre lo que significa verdaderamente el Medio Universitario tan querido por nosotros.

Cronista: Alejandro Montoya

Javeriana Bogotá